



XII

El Arpista.

**Y** A las luces de ocaso dejaron su último fulgor parpadeando sobre las copas de los árboles; los faroles macilentos alumbran de trecho en trecho las aceras; de los cafés y de las tiendas salen esplendores de luces y voces destempladas; pasan para sus hogares los dependientes de comercio; muchachas mandaderas llevan la frugal cena del mercado; ha sonado el toque de oraciones, y allá en el horizonte, por cima del azul diáfano del San Martín—que dibujado entre la sinuosidad de montañas parece desdeñoso darnos las enormes espaldas para contemplarse gigante en las siempre lejanas y á veces bramantes aguas del Golfo— se eleva lentamente el disco de la luna iluminando el fosforescer de las aguas del río que plácida y calladamente duerme.

La noche con sus sombras y sus silencios, se entra por la ciudad, suspende la tarea del labriego y junta y ale-

CAPITULO N.º...

gra á la familia alrededor de mesa patrialcal, donde humea y trasciende el *vivero* asado á la parrilla y blaquean el arroz cocido á fuego manso; en la cocina se escucha el run-rún del molinillo batiendo el chocolate, que, hecho un penacho de espumas, es servido á la mesa en delicada taza rodeada de panes.

De pronto, entre el murmullo de los transeuntes y el hablar recio y vivaz del vecindario, se oye el templado y agudo sonar del arpa que viene de lejos.

Y no es el son de la «bamba» que estremece el entarimado y hace cimbrar la cintura y repiquetear los tacones de las bailadoras de popular «fandango», ni la danza tentadora de baile pobre y casero, ni música lenta y monótonamente igual de boda campestre y bulliciosa, es el arpa llevada en hombros que pasea el pueblo á la débil claridad de la luna; el arpa que anda y parla, como pájaro canoro encerrado en cautiva jaula y traído de aquí para allá por manos de mercenario buhonero; el arpa esbelta y sonora, que bien con atiplada nota, bien con hueco y seco sonar ríe ó se queja por el fuerte puntear de tiranos dedos; el arpa que se sienta en el café, y entre el humo incesante del tabaco, el denostar airado de sedientos bebedores y la carcajada estúpida de borrachos soeces, gime cariñosa cual llevando dulzura y poesía en medio de prosas mundanales y de vicios asquerosos; el arpa que bien estaría en el canto religioso impregnando de misticismos el hosanna de un Domingo de Ramos, ó bajo la sombra espesa de los manglares llamando á pájaros vagabundos con su música pastoril y dulcemente armónica.

Y sigue el arpa su marcha nocturna por calles y plazas, atrayendo curiosos y divirtiendo callejeros, hasta que su dueño, cansado de dedos y abastecido de propinas, suspende la sorenata para dejar en silencio las cuerdas del esbelto instrumento que mucho y muy magistralmente inspirara al rey poeta de los salmos.

Quieta el arpa en obscuro rincón, rígido el brazo, mudas las cuerdas é inmóvil la caja, parece dormir el sueño tran-

quilo y largo de cigarra que espera el verano para cantar á orillas del camino polvoso, cuando vuelven los jornale-



ros del trabajo con el machete al cinto, el tararear en la boca, la *raya* en la bolsa y el deseo agujoneante de aguardiente y comida en el estómago.

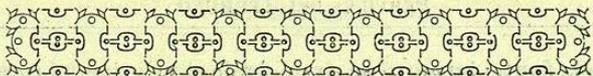
Desaparece por algún tiempo, en días lluviosos y tris-

tes, días en que el ruido del agua torrencial, cayendo estrepitosamente en chorros delgados de los aleros sobre las aceras, es la única música que suena en el silencio de las calles, para volver por Noche Buena, en florada y bulliciosa, con las «Naranjas y Limas» que entonan en una repetida y solicitada cantinela las multitudes, ávidas de regocijos y prontas al baile y á la borrachera; porque el arpa huye de la lluvia á modo de pájaro que teme se le empapen las alas, impidiéndosele el vuelo presuroso y el cantar alegre y prolongado en la rama tumbona y sombría.

Pero vienen los días de sol que hacen á los árboles vestirse de brotes y poblar de olores campesinos las calles; se cubren de azahares los naranjos, las enredaderas tapizan las cercas con sus pintadas campanillas, entonces, el arpa, como cansada de muy largo mutismo, vibra y zumba con trémulas notas bajo el gritar altanero y el dicharacho truhanesco de muchachos y mozelas.

Pasa ruidoso el arpista de andar lento y manos ligeras que acarician las cuerdas, con el arpa al hombro (la cual así traída semeja abandonada cuna de niño que dentro llorase famélico la ausencia del pezón de la madre muerta), con sombrero de petate ladeado, ojos felinos, mirada recelosa, bigotes poblados y un aire de satisfacción y orgullo que le hormiguea por todo el cuerpo mientras el arpa suena.

Las muchachas se agrupan en los corredores, las viejas atisban por las ventanas, los niños se aglomeran en las calles, y el arpa, siempre picotera, canta y canta al aire libre, sin conocer de fermatas ni saber de corcheas, canto de pájaro amante que arrulla el nido en las frescas y verdosas riberas del río, en días otoñales, cuando las mieles de las cañas se fermentan, las resinas de los árboles se derriten al fuego abrasador del sol que las quema, y los plátanos, en apretados racimos, verdean colgantes de entre las hojas lustrosas y extendidas de rumorosos parasoles campesinos.



XIII

El Aguador.

**E**L cántaro, para extraer el agua del río, y el anafe, para conservar la lumbre, fueron sin duda los primeros objetos de barro que fabricaron los primitivos habitantes del terruño.

Quando unas cuantas barracas de techos de palma y tabiques de carrizo formaban el poblado á orillas del Papaloapan, el modo de conducir el agua era por medio del cántaro, fresco y colorado, conducido al hombro; después que se necesitó de mayor cantidad de agua para las faenas domésticas, se hizo necesario buscar manera de transportar más cántaros en menos tiempo y por vehículo rápido y seguro; entonces el aguador ocurrió al caballo, animal inseparable en muchas tareas y fatigas del hombre; el caballo, dócil siempre al freno, al tiro y al arado soportó paciente sobre su fuerte lomo dos cántaros llenos de agua por

CAPITULO XIII